

## Prólogo

Se ha escrito mucho sobre los emprendedores en la fase de creación de su proyecto empresarial, sobre los primeros pasos que hay que dar, sobre cómo consolidar la empresa o acelerarla, sobre la emprendeduría corporativa y todo aquello que supone lanzar nuevos productos y servicios, abrir nuevos mercados, redefinir nuestras organizaciones...

Pero se ha escrito muy poco sobre el paso previo al proceso «formal» del emprendimiento y la puesta en marcha de estos cambios, aquellos pasos «internos», aquellos miedos, barreras e inhibidores que nos dificultan o impiden llevar a cabo nuestros sueños y retos y las actitudes necesarias para superar estas inquietudes.

Albert Riba tiene esas actitudes. Es optimista por naturaleza, vital, tenaz y perseverante. También es un emprendedor en serie. Y, seguramente, todo está relacionado entre sí.

Pero si tuviera que definir a Albert con un solo adje-

tivo, diría que es «inquieto». Es la personificación de esa actitud de perseguir al máximo tus objetivos e ir a por todas. De no esperar que las cosas pasen por sí solas, sino de hacer todo aquello que esté en nuestras manos para hacerlas realidad.

Y ésta es la gran diferencia, tal y como nos cuenta el propio autor, de manera muy didáctica, entre los mamuts y los sapiens.

Los segundos superaron las barreras para adaptarse al medio y para transformar, a la vez, este medio y de esta manera conseguir no extinguirse como sí les ocurrió a los mamuts.

Y lo hicieron trabajando todo un conjunto de inquietudes que el autor nos presenta, de una manera muy llana, entendedora y, sobre todo, aplicada y orientada a poner en práctica en nuestro día a día: quién soy, mi zona de confort y la estabilidad, los miedos que nos paralizan, cómo dar el primer paso, convivir con el cambio, saber comunicar, dominar el tempo, la conciliación, la gestión del riesgo y, muy importante, cómo nos preparamos para el fracaso.

El autor nos plantea para cada una de estas inquietudes unas reflexiones prácticas de cómo afrontarlas, trabajarlas y gestionarlas, a nivel individual.

Y además, lo ejemplariza a partir de diferentes referentes como Jordi Pujol, Xavier Gabriel, Isidre Esteve, Lidia Guerrero, Marta Cailà, Xantal Llavina, Enric Morist...

Tengo el placer, además, de conocer algunos de estos

referentes y puedo asegurar que son claros ejemplos de «sapiens», de personas inquietas, que han luchado, y luchan, por sus sueños y retos.

Todos tenemos en nuestro interior una parte de «sapiens», pero también de «mamut». O dicho de otro modo, en todo «mamut» hay un «sapiens» y en todo «sapiens» se oculta un «mamut».

La cuestión es ¿en qué grado somos sapiens y no mamuts? ¿Cómo afrontamos los cambios de nuestro día a día en todos los diferentes aspectos de nuestra vida?

Pero también tenemos que plantearnos si nuestra organización es «mamut» o «sapiens» y si tenemos capacidad para cambiarla o podemos influir en adaptarla.

He tenido la suerte y la oportunidad de vivir y seguir la evolución de este libro, desde los primeros borradores y capítulos hasta la redacción final y he podido participar en la revisión de contenidos y puedo asegurar que, como los buenos vinos, es el resultado de varias fermentaciones e interacciones lo que garantiza, aún más, su calidad.

Como último mensaje, sólo recomendaros que leáis el libro con la misma pasión que Albert lo ha escrito y remarcar que no es, como él mismo apunta, una receta mágica, pero seguro que incluye, a mi parecer, los ingredientes clave para afrontar los retos diarios que se nos plantean en nuestra vida y que se requieren para asumir el cambio con garantías.

Y cuando finalicéis la lectura, preguntaos en qué grado sois *sapiens* y mamuts y si queréis seguir o no, con

vuestros sueños y retos. Y sobre todo, si queréis luchar por ellos.

RAMON COSTA

*Ingeniero TIC y Docente Universitario (UAB, EUG)*

*Profesor Asociado Sénior de EADA*

*Cofundador de inPreneur*

## Introducción

*Cada día por la mañana, cuando te levantas, te lavas la cara y te miras al espejo, ves frente a ti a una persona a quien cada día deberías preguntar: ¿lucharás hoy por hacer lo que te gusta?*

Vivimos en una sociedad en plena transformación que se encuentra inmersa en crisis de diferentes tipos: de valores, de ideas, económica, de emociones... Sin embargo, lo que nos tendría que preocupar más es que estamos viviendo una «crisis de acción».

Esta crisis de acción implica que las personas se quejan, se indignan y muchas veces sólo utilizan su inteligencia para buscar excusas, probablemente algunas de ellas con razón. Pero para que las cosas pasen no basta con desearlas, hace falta algo más. *Hay que pasar a la acción. Hay que ir a por ellas.*

Todas las personas tenemos ilusiones y nos mueve la posibilidad de hacer cosas, sean del tipo que sean. Sin

embargo, también encontramos a muchas otras que piensan que quedándose quietas en el mismo lugar las cosas irán bien y, cuando menos, no empeorarán. Pero esto realmente no es así, ya que la sociedad contemporánea avanza muy deprisa y lo que hace décadas sucedía en 40 años, hoy pasa en cuestión de meses. Basta con que comparemos el grado de penetración del coche o de la televisión con los datos de incorporación y uso de las redes sociales.

Quedarse quieto implica que no nos movemos y que nos encerramos en nosotros mismos, y al no mirar al exterior, nos aislamos del mundo por elección propia. Es por eso que es necesario interactuar en nuestro entorno, ya que esto nos permitirá ver que muchas personas como nosotros hacen cosas únicamente porque se atreven a hacerlas.

Pero aparte de quedarse quietos, lo más grave de todo es que muchas personas no se atreven a luchar por su reto y, lógicamente, el hecho de no poder alcanzar algo que deseas te acaba provocando estrés, tristeza, insatisfacción, malestar corporal...

Una manera sencilla de comprobar todo esto es dedicarse a mirar las distintas expresiones de angustia y tristeza en las caras de las personas con quien nos cruzamos por la calle de cualquier ciudad: las que se encuentran a nuestro lado en el metro o en la parada del autobús, la de la persona que grita mientras habla por teléfono parada en el semáforo o la de aquella que está en el bar, tomando un café, a menudo con semblante de animal medio disecado.

También hay que decir que hay muchas personas felices, contentas e ilusionadas porque hacen cosas, es decir, pasan a la acción, ya sea acometiendo empresas, implicándose con alguna ONG, cambiando de trabajo, manifestándose para reclamar derechos o, incluso, cambiando de estilo de vida. Sí que hay problemas, pero también hay oportunidades o espacios donde poder interactuar, arriesgar y cambiar. Tenemos que estar convencidos de que hay talento y buenas personas para revertir esta situación, por eso es necesaria la acción y el trabajo.

Entre todos ellos, los quietos y los inquietos, existe un hecho común que nos tiene que dar mucha esperanza para enfocar el futuro y es que: *todos tenemos inquietudes*.

Todos tenemos dentro de nosotros algunas cosas que nos hacen pensar, temblar, dudar, emocionar, sentir cosquilleos o nervios. Cosas que hacen que lo que tenemos dentro se agite mucho, hasta el punto de remover nuestras inquietudes.

Muchas personas han sabido activar estas inquietudes y pasar a la acción, pero también encontramos a otras que no siempre las saben sacar. Y si digo «saben sacar» es porque se puede «aprender a hacerlo».

Para eso hace falta identificar realmente esas inquietudes y ofrecer herramientas para activarlas. Al identificarlas, todas aquellas personas que se quieran mover podrán hacerlo. Así, quien quiera cambiar de trabajo, ser actor, ser emprendedor, aprender a hablar en público o a liderar... podrá salir de la apatía para encontrar

aquella alegría que proporciona el luchar por los propios sueños y pasar a la acción.

Hace unos años, un buen amigo me dijo que yo era un afortunado porque hacía lo que me gustaba. Rápidamente le respondí que no estaba en absoluto de acuerdo por la sencilla razón de que: *el mérito en la vida no es hacer aquello que te gusta, sino atreverte a hacerlo.*

Por eso, cuando miro a mi alrededor, veo a demasiadas personas con su luz apagada, lo que las hace estar tristes y angustiadas. No miro lo que hay de malo en ellas, sino que trato de buscar siempre el porqué, trato de saber qué las motiva o qué las inquieta. De la misma manera que cuando veo personas que son felices y les pregunto el porqué y todas acaban respondiendo de una manera u otra que tienen «retos», luchan por alcanzarlos y que, cuando los alcanzan, buscan nuevos.

Los retos, grandes o pequeños, son ilusiones, sueños, pasiones... que activados y en movimiento hacen que estas personas busquen siempre la manera de convertir en realidad sus sueños, y por eso dan lo mejor de sí mismas.

Quizás te preguntarás qué tiene que ver todo esto con lo que has leído hasta ahora de los mamuts y los *sapiens*. Pues bien, en un momento de mi adolescencia, cuando quería ser veterinario, hablando un día con mi padre, él me preguntó:

—Hijo, ¿sabes cuál es la diferencia entre los hombres y los animales? —no supe qué responder, así que él me contestó:

—El animal solamente puede adaptarse al medio



para sobrevivir, pero el hombre para sobrevivir es capaz de transformar el medio para que se adapte a él.

En este libro que tienes entre las manos explicaré y reflexionaré sobre algunas de las vivencias y aprendizajes que he tenido en mi entorno. Una serie de experiencias obtenidas a través de la interacción con personas de todo tipo, que me han llevado a dividir el mundo en dos tipos de individuos: los mamuts y los *sapiens*.

Si observamos la evolución de las especies animales, veremos que muchas de ellas se extinguieron porque lo único que intentaron fue adaptarse al medio para sobrevivir, pero la fuerza del medio y también el impacto de otras especies hicieron que muchas de ellas se acabaran extinguiendo, como los mamuts. Por el contrario, tenemos la evolución del *Homo sapiens*, que sobrevivió porque tuvo la capacidad de gestionar sus inquietudes de supervivencia e hizo más: se transformó él mismo y transformó el medio para sobrevivir.

El *sapiens* superó las inquietudes que tenía en su interior con el fin de salir de la cueva para luchar, para no perecer y para transformarse a sí mismo, y se convirtió en el *Homo sapiens* actual, que es capaz de extraer petróleo y construir grandes ciudades en el mismo lugar en el que el mamut no pudo sobrevivir.

También expondré los diez tipos de inquietudes que tenemos las personas, y mostraré cómo son muchas las que han sido capaces de activarlas con el fin de transformarse, de buscar un nuevo y mejor entorno donde vivir y crecer.

Estamos en el siglo XXI. Como he dicho antes, una época de cambio o cambio de época. Esos cambios no los podemos evitar, pero sí depende de nosotros poder activar las inquietudes vitales, acompañándolas de actitudes para hacer cosas, proyectos...

Es decir, para poder vivir hay que sobrevivir. Hay que escoger si queremos ser mamut o *sapiens* y eso depende sólo de una persona: TÚ.

# 1

## Mamut o *Sapiens*

En este apartado analizaremos la relación de los mamuts y de los *sapiens* con su comunidad y con el entorno en el que vivían, explicando la importancia de las inquietudes antes de las actitudes y, sobre todo, la importancia de la acción.

### Mamut

Un día leí en un artículo de *National Geographic*, que una expedición de investigadores había encontrado un pequeño mamut muerto en un excelente estado de conservación. La congelación que sufrió le había ido inmovilizando hasta el punto de detenerlo, quitarle la vida y convertirlo en un punto más en la cadena de la extinción.

Me invadió un sentimiento de pena y de disgusto porque un ser vivo, que vivía en comunidad como nosotros y que compartía la vida con otros animales, no ha-

bía podido sobrevivir. Aunque creo que es más adecuado decir que no «supo» sobrevivir.

Estuve bastante rato mirando las fotografías que ilustraban el artículo. Y cuanto más las miraba, más sensación tenía de que aquel mamut todavía estaba vivo y de que aquella imagen sólo era eso: una imagen en la que el animal iba corriendo, como si fuera cualquier otro animal del zoo a quien seguro nuestros niños darían de comer... ¡aunque hubiera un cartel que dijera: «Prohibido darles comida»!

Empecé a buscar información por Internet y a estudiarlo. Me acerqué al Museo del Mamut de Barcelona para conocer realmente cuál fue la vida que vivieron aquellos animales y qué les sucedió para extinguirse.

Después de buscar, estudiar y analizar llegué a la conclusión de tres hechos que marcaron a los mamuts y que los llevaron a optar por una vida más pausada que, al fin y al cabo, les llevó a la extinción. Estos factores fueron:

- Falta de movimiento.
- Poca adaptación al medio.
- Nula capacidad de transformación del medio.

Las rutinas cotidianas de las organizaciones nos conducen básicamente a hacer lo mismo, es decir, lo que llega a la mesa de nuestro despacho. Esto comporta que nos focalicemos en cosas operativas y rutinarias, o sea, en «lo fácil de hacer», pero lo más necesario y más difícil de hacer lo aparcamos.

Para mantenerse en movimiento hace falta que todas las personas y todas las organizaciones, sean del perfil que sean, hagan el esfuerzo de crear hábitos que provoquen que la organización se mueva constantemente, es decir, que hagan cosas cada día, que cambien los procesos internos, etc.

Hacer cosas nuevas es un trabajo duro y arduo, pero es la única manera de que aquella persona u organización pueda sobrevivir, ya que si no lo hace así y se queda quieta, al igual que los mamuts, corre el riesgo de extinguirse. Es por este motivo que hace falta recordar siempre que *crear el hábito de cambiar cosas es posible y muy necesario*.

Una vez hayamos conseguido un movimiento más continuado y más intenso, que vaya hacia adelante, es cuando empezaremos a adaptarnos al medio. Pero sobre todo, es cuando podremos empezar a cambiar en el medio para que se adapte a nosotros, una acción difícil que el mamut no pudo hacer pero sí el *sapiens*, como iremos viendo durante el libro.

Transformar el medio para que se adapte a nosotros es un trabajo posible, pero no hay que pensar en cambiar grandes cosas, sino al contrario, hay que pensar que con pequeños cambios en nuestro entorno se nos facilitará la adaptación al medio para que, finalmente, podamos transformarlo.

Seguro que alguien de vosotros está pensando que los mamuts tardaron muchos años en extinguirse. Es una percepción que puede ser cierta. Quizás sí que tuvieron

más tiempo, pero la percepción del tiempo de hoy es mucho más rápida que antes y este famoso entorno —del que iremos hablando— cambia cada día, cada minuto, cada segundo... ¡Ya no es lo mismo!

En conclusión, podemos decir que:

- El mamut se extinguió porque no se movió lo suficiente.
- El mamut tuvo miles de años para hacerlo... pero ahora, en el siglo XXI, el tiempo vuela.

¿Con esto qué quiero decir?: que hace falta que nos preguntemos a nosotros mismos algo muy simple:

*¿Quiero ser mamut?*

Serlo o no depende de nosotros.

Si la respuesta es «sí, *quiero ser mamut*», lo único que hace falta es que sigas haciendo lo que llevas haciendo durante años. O sea, que hagas lo mismo que hizo el mamut: *quédate quieto, no te adaptes al medio y no intentes cambiar tu entorno*. Es una elección individual que tenemos que respetar aunque nos cueste entender.

Hay muchas personas que piensan que el mundo va cambiando pero que ellos, mientras sigan igual, se mantendrán en el mundo. Se piensan que quedándose quietos no les pasará nada; que es mejor no hacer nada que equivocarse... Son muchos los ejemplos de que realmente hay personas que no actúan o bien porque no se dan cuenta de ello, o bien porque no saben cómo hacerlo y se conforman con su situación.

Si realmente quieres ser mamut, lo tienes que aceptar con todas las consecuencias. ¡Pero sinceramente me cuesta mucho creer que alguien quiera extinguirse! Me parece extraño pensar que alguien no tenga retos o ilusiones por crecer. Aunque puedo entender que no sepa hacerlo y por eso, en el fondo, tiene sentido este libro que tienes en tus manos.

Puede ser realmente que tengamos muy claro que no queremos ser mamut y preferimos ser *sapiens*, como analizaremos después. Pero si no sabes exactamente en qué punto estás, hazte sólo tres preguntas:

*¿Va realmente el mundo en mi contra?*

*¿Lo he intentado todo de verdad?*

*¿Puedo aprender y evolucionar?*

Si realmente crees que el mundo va en tu contra, si crees que lo has intentado todo y, sobre todo, si crees que no puedes aprender nada, me sabe mal decirlo: **ERES UN MAMUT.**

Como creo que estás leyendo este libro porque crees que el mundo no va en tu contra, porque estás convencido de que todavía puedes hacer más y piensas que todavía puedes aprender, te invito a continuar leyendo, porque creo que tú quieres ser *Sapiens*.

## ***Sapiens***

Hasta ahora hemos hablado de los mamuts como unos animales que por quedarse quietos, no moverse lo sufi-

ciente, y no saber cambiar el entorno se extinguieron al cabo de unos milenios.

Si miramos al otro extremo de la cadena evolutiva, necesitamos analizar la supervivencia de un animal que haya sido capaz de transformarse para sobrevivir, y que para alcanzarlo haya sido capaz de modificar su entorno.

Este animal es la especie humana que, gracias a un proceso y evolución de hominización, se acabó convirtiendo en el *Homo sapiens*, «el hombre de hoy en día», a quien nos referiremos en adelante como *sapiens*.

El *sapiens* no lo es desde el origen, sino que es una evolución que con el paso de los siglos, al ver cómo su entorno le obligaba a cambiar si quería sobrevivir, se transformó. Pasó de andar a cuatro patas a hacerlo erguido; de comunicarse con gritos a desarrollar un lenguaje oral; de ir desnudo a utilizar ropa; de tirar piedras a construir herramientas, etc.

Pero lo más importante de todo es que adoptó la actitud de ir a conseguir las cosas, de salir de la cueva, de superar el miedo, de aprender, de transformarse... Y esta actitud le llevó a tener la capacidad de empezar a ver que yendo tal como iba, sin hacer nada o tan sólo adaptándose al entorno, corría el riesgo de acabar extinguiéndose, como sus antiguos coetáneos, los mamuts.

Es decir, donde el mamut sucumbió, el *sapiens* fue capaz de transformarse para sobrevivir y sobre todo para ir un paso más adelante: *atreverse a cambiar el entorno para que el entorno se adaptara a él*.

Mirémoslo a través de la historia y hagamos volar un



poco la imaginación. Imagínate que eres un mamut que vivías hace miles de años en el Polo Norte, rodeado de nieve y a muy bajas temperaturas, con un entorno que te hace sufrir mucho y que te dificulta la vida. Vienen grandes temporales y glaciaciones que afectan tanto a los tuyos como a tus compañeros y por estas situaciones, previstas o no, os vais quedando solos, y al final, siendo la punta de la cadena de la extinción de vuestra especie, os acabáis extinguiendo.

¿Te lo puedes imaginar? ¿No te gustaría, verdad?

Ahora imagínate como lo que eres ahora mismo, un *sapiens*. Vives en tu ciudad, pero como te gusta hacer turismo, contratas un viaje y te vas al Polo Norte con los tuyos, con un gran barco rompehielos que os lleva al mismo centro del Polo Norte. Allí sois capaces de convivir con otras personas, algunas que quizás viven allí o que simplemente han ido a vivir aventuras o, incluso, a generar riqueza.

Al despertar de estos dos sueños verás que la única diferencia entre tú y el mamut es una: el *sapiens* ha transformado el medio para que el medio se adapte a él.

Personalmente estoy seguro de que aquel primer *Homo* que estaba dentro de la cueva tenía el mismo miedo que el mamut: seguro que no sabía cómo salir adelante, seguro que tampoco sabía cómo empezar a adaptarse al medio, ni cómo transformarse, y todavía menos sabía cómo cambiarlo. Pero una cosa sí sabía seguro: *si quería algo, tenía que ir a buscarlo*.

Después de compartir esta idea del mamut y el sa-

*piens* con muchas personas, muchas organizaciones y muchas empresas, he aprendido tres cosas:

- A poca gente le gusta que le digan que viene del mono.
- La gente prefiere ser mono antes que ser mamut.
- Todo el mundo se identifica con el *sapiens*.

Es cierto que hay personas que viven con una actitud de mamut, pero también es cierto que muchas de estas personas que están tristes, tienen dentro de sí muchos puntos en común con los *sapiens*. Es decir, tienen retos, sueños, ilusiones y muchas cosas más que les gustaría convertir en realidad para acabar haciendo aquello que les gusta. Pero hay un problema: *ser sapiens no es fácil*.

Ciertamente no es fácil, pero eso no quiere decir en absoluto que sea imposible, sino que hay que apostar por tres decisiones muy importantes que van ligadas entre sí.

1. Querer ser *sapiens*: aceptar que hay que transformarse.
2. Intentarlo: convertir inquietudes en actitudes.
3. Levantarse continuamente: la clave para superar los problemas y los cambios.

Realmente éste es el problema que tenemos que abordar. Es necesario acompañar en su transformación a la gente que quiere, pero no sabe cómo hacerlo.